

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

La obsesión el positivismo de Ernesto Quesada.

Sosa, Andrea.

Cita:

Sosa, Andrea (2011). *La obsesión el positivismo de Ernesto Quesada. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/60>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La obsesión por la unidad: el positivismo de Ernesto Quesada

Andrea P. Sosa Varrotti

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales

andrea.sosa@yahoo.com.ar

A fines del siglo XIX y principios del XX, la identidad nacional se encontraba en plena discusión, y junto a ella estaba en juego qué sería considerado idioma nacional, cuál sería el lugar del criollismo, así como el establecimiento de las jerarquías que perduran hasta hoy en día. El sociólogo argentino Ernesto Quesada fue, por su posición institucional y su discurso sobre “el idioma de los argentinos”, una importante voz en las febriles discusiones entre los “autoctonistas lingüísticos” y los hispanistas, desempeñando un papel fundamental en este último bando. Es por ello que en esta ponencia nos proponemos estudiar su pensamiento en este ámbito.

Fiel representante del positivismo argentino, se embarcó en la tarea de lograr la homogeneización de la sociedad para poder gobernar un Estado en plena consolidación y una nación aún descentralizada.

En este trabajo intentaremos analizar la matriz homogéneo-heterogéneo que recorre el pensamiento sobre la lengua de este autor, su obsesión por eliminar los elementos “extraños” de la lengua escrita en el afán de conservar la tradición –transmutada por medio de un artilugio en puramente hispana–, su miedo a la masa desorganizada e incontrolable, su llamado a la clase dominante a tomar las riendas del Estado y de la nación.

Palabras clave: Idioma – Identidad nacional – Homogeneización social – Ernesto Quesada – Positivismo

*“¿Cuál es ese poderío legal que engloba todas las diferencias con la intención de suprimirlas, que sólo se sostiene si, precisamente, logra abolir la lógica de lo múltiple para sustituirla por la lógica contraria, la propia de la unificación (...)?
Es el Estado.
Pierre Clastres*

*“Es imposible exagerar la significación de las palabras para el paranoico. Están por doquier como alimañas; siempre alerta. Se reúnen en un orden universal que nada deja fuera de sí. La tendencia más extrema de la paranoia es quizá la de aprehender por completo el mundo por las palabras, como si el lenguaje fuera un puño y el mundo estuviese encerrado adentro”.
Elías Canetti*

Ernesto Quesada (1858-1934) es una de las voces que en las postrimerías del siglo XIX y comienzos del siguiente participaron de las discusiones sobre lo que “el idioma de los argentinos” debía ser. Su interés por este tema era un interés familiar. Su padre, Vicente Quesada, fue miembro de la Real Academia Española, institución de la que él mismo fue correspondiente. Ernesto también ejerció como primer director de la Academia Argentina de Letras, además de desempeñarse como director de la Biblioteca Nacional e integrar el Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, en la que nació.

Ávido lector y difusor de la obra de Auguste Comte y de Spencer (y luego de Oswald Spengler) y acérrimo defensor de la independencia de la sociología, en 1904 fue el sucesor de Dellepiane en la primera cátedra de esta doctrina abierta en el país. Además, fue profesor de Economía Política y de Legislación y Tratados Internacionales.

Según Oscar Terán (1987), en el período que va de 1880 a 1910, momento de la consolidación del Estado y de la nación, donde los esfuerzos de centralización y “homogeneización de las estructuras sociales para tornar gobernables a países que salían de las guerras civiles posindependentistas”, el positivismo conformó la “matriz mental dominante” que interpretó las realidades nacionales y que supo articularse con las diferentes y recientemente creadas instituciones estatales. Así, el positivismo pensó cómo resolver el acuciante problema de la invención de una nación e intentó dar una explicación de los efectos no deseados y las frustraciones producidas por la modernización. Estos efectos colaterales están en gran medida relacionados con la desilusión que produjo en la clase dirigente el tipo de inmigración que gracias a sus propias políticas inmigratorias llegó al país: italianos y españoles en primer lugar. Luego de un febril optimismo, que creía que el poblamiento del país sería una llave que abriría de manera directa las puertas al tren del progreso, la falta de trabajo y la escasez de tierras libres, el hacinamiento de los inmigrantes en conventillos y la proliferación de ideas anarquista y socialistas, pusieron la inmigración en tela de juicio.

Quesada, por su parte, fiel portavoz de la Generación del Noventa: si bien no fue ciegamente positivista, reposó su pensamiento sobre la seguridad que le garantizaba la presunta científicidad de las disciplinas sociales (Terán, 1999: 38).

Entre sus numerosas y eclécticas obras se cuentan algunas como *El problema del idioma nacional* (1900), “El ‘criollismo’ en la literatura argentina” (1902) o *La evolución del idioma nacional* (1922), que se insertaron en una discusión sobre la lengua entre los que “autoctonistas lingüísticos”, que pugnan por crear un “idioma de los argentinos” independiente del castellano y crear normas propias, y que intentaron darle entidad de literatura nacional a las expresiones literarias “criollas”, y aquellos hispanistas que mostraban al castellano peninsular como una unidad universal, que consideraban que la lengua argentina era un derivado¹ de la lengua castellana y que por lo tanto los regionalismos no eran

¹ Se trata aquí de la apuesta derivativista, opuesta a la nativista, que postula que la cultura ha sido derivada de otra cultura, es decir, que su centro reconocido se encuentra en ámbitos exteriores a sí mismas y que imagina que “en esos ‘centros’ la cultura es autóctona y que por ende allá sí las ideas ‘están en su lugar’” (Terán, 1999: 38).

lenguas diferentes; así, sólo la literatura en castellano podía ser legítimamente considerada representación de la literatura nacional. En síntesis, se trataba de dirimir la conveniencia de favorecer la formación de dialectos nacionales o de conservar el castellano tal cual se heredó de España.

El principal representante de esta segunda postura será justamente el autor que nos ocupa, quien discutirá en particular con Lucien Abeille, profesor francés que intentaba, según Quesada, “convertir aquellas jergas [gauchesca, cocoliche, orillera] en *idioma nacional*” (Quesada, 1983: 171). Esta tarea se verá condensada en su texto “El ‘criollismo’ en la literatura argentina”, donde el autor realiza un minucioso estudio sobre la literatura criollista, presenta una crítica a un escritor contemporáneo, Soto y Calvo, y, lo que es a nuestro entender más importante, realiza una propuesta que consiste en que “el lenguaje literario debe conservarse puro y que el habla popular es la que debe reflejar la idiosincrasia de cada región” (Quesada, 1983: 146). Es decir que el autor no condena la utilización de *vocabularios* populares y reconoce la importancia de los dialectos, pero exige que ningún dialecto o jerga sea confundido con el idioma nacional.

Para que eso no ocurra, Quesada establece como blanco de sus preocupaciones no tanto la lengua hablada como la literatura. Puede aceptar algo que es inevitable: los inmigrantes y la gente vulgar en general pueden hablar como quieran, pero la lengua noble, literaria, debería ser la única en la que se escriba la literatura nacional. Le inquieta fundamentalmente que elementos extraños como el cocoliche y el lunfardo, en clara expansión como resultado de la reciente oleada migratoria, se cuelen en la lengua escrita: “únicamente cuando el dialecto se derrama a toda una comarca y es hablado allí, a la vez, por todas las diversas capas sociales, puede aspirar no solamente a los honores de la literatura regional, sino que a tomar los caracteres de un idioma escrito”. Su objetivo es pues “salvar el lenguaje literario”: “en un país como el nuestro, de índole exageradamente cosmopolita, donde ideas y costumbres andan en revuelta confusión, es deber de los cultores de las letras tratar de salvar el lenguaje literario —el cual, precisamente, es el depositario del espíritu de la raza, de su genio mismo—, de la contaminación y corruptela de aquel entrevero de gentes y de idiomas; de ahí que sea menester que por sobre nuestro cosmopolitismo se mantenga incólume la tradición nacional, el alma de los que nos dieron patria, el sello genuinamente argentino, la pureza y gallardía de nuestra lengua” (Quesada, 1983: 229-230).

El criollismo, pues, no comprende obras que puedan ser llamadas literarias ni que pretendan serlo. ¿Qué es, entonces, la literatura nacional? Aquella escrita en lengua castellana, expresión del espíritu de la *raza*.

Uno podría argüir que esta taxativa diferenciación se debe a una cuestión de número. Pero el argumento de que el idioma nacional es el más hablado por los habitantes de un país no es, sin embargo, el sostenido por Quesada. Al contrario, la mayoría es vista por él como “masas delirantes” y como una “turba de parlantes y escribientes”. Teme a las multitudes, a todo aquello que no se puede controlar. Así mismo, lo que lee la mayoría no será jamás un criterio a tener en cuenta para establecer qué es literatura nacional. De hecho, Quesada aclara que la lengua oficial sólo es hablada por una minoría. Incluso llega a afirmar que, de ser por la mayoría numérica, el cocoliche —mezcla del genovés,

el napolitano, el gauchesco y el compadrito— podría pretender estar a la par del español así como en otros países hay más de un idioma oficial, y su meticuloso estudio indica que circulaban en ese momento millares de ediciones de poemas en esa jerga. Más aún, Quesada se pregunta: “¿Qué razón habría para considerar, entonces, más *criollo* el idioma gauchesco que el cocoliche? Éste es hablado por diez veces más personas que aquél?” (Quesada, 1983: 170), y sin embargo considera que el cocoliche no puede ser el idioma nacional.

Es por ello que termina recurriendo a un argumento esencialista, donde se busca lo verdaderamente argentino, ante lo cual se yergue un velo aparental, lo artificial: “El criollismo literario es hoy, por eso, una faz artificial de nuestras letras: es un pálido reflejo de una sombra...” (Quesada, 1983: 200).

Como explica Oscar Terán (1999), el problema de la elite fue, desde 1880, cómo fundar un mito originario en el que no fuera necesario referir a un origen en un pasado lejano, ya que eso implicaba correr el riesgo de identificarse con las razas autóctonas, así como tampoco recaer en la hibridación producida por los inmigrantes europeos. Se necesitaba una base sólida sobre la que asentar la identidad argentina, pero no había manera de evitar que no se tratara de algo ya mezclado de antemano, siendo éste un país colonizado. Lo que se buscaba era entonces una “mezcla” originaria que fuera a la vez de origen autóctono y derivado. En una Argentina en extremo cosmopolita, la expresión criolla fue en general, según Adolfo Prieto, “el plasma que pareció destinado a unir a los diversos fragmentos del mosaico racial y cultural [y] se constituyó sobre una singular imagen del campesino y de su lengua” (Prieto, 1988), es decir, sobre la imagen del gaucho.

Para Quesada, esta base era no obstante el español. Para justificar esto acudió a un artificio por el cual el gaucho sería un andaluz transplantado a América y por lo tanto la esencia argentina sería española por mediación del gaucho. Como la lengua se corresponde con la nacionalidad, nuestra lengua no podría ser otra que el castellano. Así, el argumento es, como decíamos, profundamente esencialista: cambia la figura (andaluz→gaucho) pero no la esencia, fija en el pasado; ella se mantiene igual a sí misma, aunque someramente trasmutada en su viaje transatlántico. Lleva aun a afirmar que el gaucho es un caso de “atavismo social” en el que rebrotan viejos instintos españoles, y que por lo tanto el criollo, remedo del gaucho, es también español: “¿dónde está el *criollismo*, el argentinismo, de los que dicen maravillas del habla gauchesca únicamente por considerarla algo nacional, exclusivo de la tierra? Resulta que los tales son más españoles que los de España, y que se convierten —sin sospecharlo, indudablemente— en andaluces de pura cepa” (Quesada, 1983: 113).

Sin embargo, la figura del gaucho, que hacía las veces de base de la nacionalidad, estaba en ese momento en proceso de desaparición por el poblamiento de las tierras por parte de los inmigrantes y la creciente urbanización, y lo mismo debía ocurrir, según su su razonamiento lógico, con la literatura gauchesca.

A través del tema del idioma nacional, Quesada trata el de la cuestión nacional más general. En ambos niveles se lee con claridad que de lo que se trata es de una búsqueda de la homogeneidad y del rechazo a la heterogeneidad, que es vista como *mezcolanza*, *entrevero*, *confusión*, *contaminación*, *corruptela*. La heterogeneidad —y, en el límite, la diversidad— no se acepta ni con respecto a lo

propio, como se ve en el miedo a la expansión de elementos extraños dentro del castellano, ni dentro de “lo otro”: lo italiano no es malo en sí mismo, sino cuando se hibrida con lo criollo con la llegada de la inmigración y nacen así abortos como el criollismo, que sería la *desviación* de lo gauchesco.

El lenguaje vulgar, dice el autor, presenta características diversas según sea urbano o rural, o pertenezca a diferentes profesiones o gremios. Más aún, hace un raconto de las múltiples combinaciones posibles entre el cocoliche, el orillero, el lunfardo, para demostrar con ello que la lista es virtualmente interminable y que las combinaciones arbitrarias podrían desarrollarse *ad infinitum* y, por lo tanto, ser incontrolables. Hablando del género cocoliche, nos dice: “Dentro de éste caben variantes: pues la jeringoza ítalo-argentina forzosamente se diferencia entre sí, según predomine el genovés, el napolitano, el piamontés u otro cualquiera de los dialectos peninsulares” (Quesada, 1983: 154); hasta llega a hablar de una “ensalada poética criollo-cocoliche-política” (Quesada, 1983: 158) y de un “pandemonium de jergas” (Quesada, 1983: 170). Además, todas esas jeringozas y los estilos a ellas vinculados varían según diferentes factores: “el estilo gauchesco varía según la provincia donde se use, según el lugar o ciudad; el cocoliche, según el dialecto italiano que le sirva de base...” y, lo que es más grave, es que esas mezclas y variaciones se trasladen a la lengua escrita: “La ‘literatura criolla’, a ese paso, se convertirá pronto, que quiera o no, en un menjunje” (Quesada, 1983: 168).

Vislumbramos en sus palabras un sentimiento de temor de que esas jergas desordenadas y cambiantes se instituyan como la literatura nacional. Como veíamos, lo que desvela a este pensador es que la lengua literaria se mantenga pura y no sea contaminada por esas germanías y estilos, que sin embargo ya tienen su espacio en la prensa y en el comunicación cotidiana, pero no son por ello “dignas” de ser consideradas literatura nacional. Y el peligro está justamente en que, a pesar de esta supuesta falta de dignidad, a pesar aún de que, como dice el autor, el cocoliche, por ejemplo, sea “el dialecto más antiliterario imaginable” (Quesada, 1983: 153), estas jeringozas eran en ese momento habladas por millones de personas (una tercera parte del país) y leídas por otras tantas.

Su ambición de homogeneidad se transforma en purismo en el momento en que quiere erradicar de la lengua escrita, la lengua que legítimamente puede, a su entender, ser considerada la lengua nacional, todo aquello que no contribuya a la unidad. Pensemos que Quesada escribe este ensayo en un momento en que la nación estaba en plena constitución y la llegada de tantos extranjeros hacía más difícil la definición de qué era el ser argentino. La respuesta que dio Quesada, compartida en general por sus contemporáneos, fue la de buscar pilares sólidos, claros y uniformes sobre los que construir la nación y, por lo tanto, el idioma nacional: “cualquiera sea su procedencia: gaucha, vasca, cocoliche, etc., los que han pasado por las escuelas hablan el idioma español, que es el único *nacional*, porque es el común vínculo que a todos une: escriben en él, y no admitirían que fuera otro el idioma literario” (Quesada, 1983: 170). Esto haya una justificación en que la tendencia a la uniformidad es mundial: “El color local se pierde. Pero no es éste un fenómeno exclusivamente argentino: es universal” (Quesada, 1983: 202); sin embargo, la razón principal está dada ante todo porque el lenguaje debe ser claro e inmutable. Aquí discute también con Abeille, para quien cambio equivale a progreso.

Y aquí nos encontramos con otro requisito que para Quesada es indispensable para que un idioma sea considerado nacional: la permanencia en el tiempo de la lengua, que permite construir un pivote referencial que evite cualquier movimiento centrífugo de la misma que pueda dislocarla o deformarla. El gauchesco, por ejemplo, no puede ser un dialecto permanente, ya que ha sido transmitido oralmente por mucho tiempo y sus variantes se explican por la carencia de escuelas en la región de las pampas durante cuatro siglos. Además, como dijimos, el “tipo humano” del gaucho está en vías de extinción, y por lo tanto el dialecto gauchesco también es cada vez menos hablado. El estilo gauchesco es así intrínsecamente perecedero, históricamente fijado: los poetas gauchescos “representan una faz de la misma [la literatura genuinamente nacional], llenan una página en sus anales, son el típico exponente de un momento histórico y de una evolución social”. Pero de lo que se trata es de institucionalizar una literatura nacional que hable por todas las épocas, que sea todas las páginas de todos los anales, que se halle unificada por la misma lengua inmutable: el castellano.

Aun más, la mezcla misma de dialectos que tanto desdeña y le preocupa sólo le parece temporaria; ella será saldada con la extensión del sistema educativo: “¿Puede eso [el cocoliche] aspirar a honores literarios? ¿Cabe tomarlo a lo serio, como si se tratara de un género formado? En mi opinión, esa burda germanía es simple producto del período de transición entre la generación que inmigra y la que se convierte en argentina: la escuela pronto normalizará esos excesos de lenguaje, explicables únicamente por el hecho de que el aumento de población excede a la capacidad de las escuelas públicas, y que, por ende, millares de niños se crían oyendo esa mezcolanza de idiomas. A la segunda generación la nota cocoliche tiene que desaparecer, y los argentinos, descendientes de italianos, hablan un castellano tan correcto como sus conciudadanos de legítimo origen español” (Quesada, 1983: 153-154).

¿Cómo se explica, entonces, si es que esta mezcla desaparecerá por la acción de la instrucción pública, el desasosiego de Quesada? Es en este punto donde se evidencia el carácter político de su propuesta, es aquí donde se atan los cabos. La intencionalidad del autor es la de quien interpela; su interlocutor es la clase dirigente; el instrumento del que exige soluciones es el Estado y sus aparatos, en especial la escuela, pero también la prensa, particularmente el diario La Nación. Esos debían ser (y fueron) los elementos homogeneizadores de la nación y de lo que legítimamente se considera el idioma nacional.

Se trata de una propuesta conservadora, no tanto (o no sólo) por su posición en el espectro de propuestas y posibilidades políticas, sino por su desestimación del cambio y su carácter de reacción. Como dice Ángela Di Tullio, “El idioma, consustancial a la raza, necesitaba de una ‘cruzada’ de defensa por parte de los verdaderos criollos una política destinada a acabar con” el poliglotismo y el cosmopolitismo (Di Tullio, 2003: 102). La preocupación de Quesada proviene principalmente de que la clase dirigente, la única que legítimamente podía regular estas cuestiones, no estaba ejercitando su autoridad de manera suficiente. Éste es entonces un llamado a que reaccionen aquellos “argentinos por los cuatro costados” como él, los “argentinos e abolengo”, para que pongan fin a esa ilusión criollista, que incluso a veces ellos mismos alentaban. No olvidemos, por último, que Quesada era miembro de la Sociedad Rural y escribía desde su estancia (“San Rodolfo”); pertenecía a la elite, compuesta por las clases terratenientes tradicionales y los círculos

patricios, que basaba su legitimidad en el prestigio del linaje, la antigüedad del grupo y el poder político-económico asociado con la tenencia de la tierra.

Y es éste justamente el mensaje que quiere darle al escritor Soto y Calvo. Se trata de una crítica constructiva en la que le propone ser un exponente de la literatura nacional, cosa que él piensa que Soto y Calvo puede perfectamente hacer, ya que es únicamente su preocupación por el criollismo la que lo lleva a recurrir al “terminacho criollo” de una manera forzada, como una copia falsa de algo a lo que el autor, hombre formado en las letras y culto, no pertenece. Es, en síntesis, una propuesta de descontaminación de la mezcla producida por la *invasión* inmigratoria, pero también un llamado a que los escritores calificados retomen sus puestos en la cúpula de la literatura nacional y que no flaqueen ante la artificialidad de los dialectos que, como magma, se esparcen por todas partes y cambian de forma aquí y allá de acuerdo a las características del lugar donde se introducen.

En la construcción de la argentinidad, la lengua literaria debe ser la lengua noble, no la vulgar: “en cualquier época y en cualquier país, el idioma nacional ha presentado siempre el mismo fenómeno de dividirse en lengua noble, o sea el habla literaria, y en vulgar, o sea el usado por la generalidad del pueblo; (...) los dialectos regionales, locales, profesionales, que coexisten en un mismo lugar sin menoscabar por ello la lengua común, o sea la usada por los escritores, empleada por la gente culta, adoptada por los poderes públicos, enseñada en las escuelas” (Quesada, 1983: 109).

Luego de un momento de indiferenciación que signó el período de las guerras por la independencia, donde las clases sociales se vieron de alguna u otra manera unidas en el campo de batalla, donde hombre cultos y analfabetos luchaban por la misma patria y todos los sectores se veían aunados frente a un enemigo común, el colonizador, llegó un momento en que, ganada la guerra, era necesario aclarar cuál era el lugar de cada quien en la sociedad. Quesada llama al período de guerras “carnaval”, donde todo se traviste y nada se ve como lo que es. Ahora era el momento de la diferenciación, del establecimiento de un marco normativo de lo bueno y lo malo, de lo que es lo argentino y lo que no, de lo que es literatura nacional y lo que no lo es. En *El problema del idioma nacional* (1900), Quesada explica que “Cada clase social, cada gremio, tiene forzosamente un vocabulario especial y, si no fuera por el caudal común, no habría sociabilidad posible, pues cada cual se aislaría en su rincón. Esto sería absurdo, y de ahí la necesidad de poseer un habla común, clara y comprensible” (Quesada, 1900: 122). Todo el problema está en quién y con qué criterios se establece cuál es ese idioma común, quién lo habla con naturalidad y quién debería ser reeducado para hacerlo.

La propuesta es, entonces, la de poner las cosas dentro de su debida jerarquía. Se había terminado el tiempo de la indistinción; ahora era tarea de la clase dirigente la de poner orden en la sociedad, en todos los sentidos, de normalizarla, de disciplinarla.

No se trata necesariamente de despreciar la literatura gauchesca: la exigencia consiste más bien en no sobreestimarla y menos aún tratar de imitarla, como hace el criollismo; Quesada pretende más bien ubicarla en el lugar que le corresponde, es decir, en el de la subalternidad. Los modelos a seguir son otros, y deben ser impuestos por las clases dirigentes y el Estado: “Hay que amalgamar esas masas que vienen a incorporarse a estas naciones juveniles; y por ello el primero de los vínculos es imponerles la lengua nacional, sabia y

hermosa (...) es cuestión de verdadero patriotismo, defender el idioma, hacerlo respetar y preponderar” (Quesada, 1901: 28).

La subalternidad que acabamos de mencionar se refiere claramente a una cuestión de clases sociales. Cuando habla de los extranjeros, por ejemplo, hace una diferenciación entre las *razas* de los inmigrantes que llegan y adaptan su idioma al nacional, alentando así a la “multiplicidad de jeringozas que sus compañeros analfabetos siguen aún usando”, y los extranjeros cultos, que aprenden el castellano simplemente. Su preocupación se dirige, entonces, “al obrero, al de clase humilde y que carece de instrucción” (Quesada, 1983: 150). El cocoliche es leído por la “gente baja”, y éste se mezcla con el orillero como estilo típico de “clases sociales determinadas”. Cuando habla del libro *Nostalgia* de Soto y Calvo, pone incluso a esas clases en relación con otras que, se deduce, son las altas: “comprendiendo que su libro, escrito a ratos en semejante algarabía, resulta inteligible para un lector de otro país –y su lectura no es, tampoco, muy fácil para los que aquí viven sin mezclarse con las capas sociales que emplean aquellos *patois*–” (Quesada, 1983: 176).

El patrón hegemónico de la literatura no podía ser “populachero”; debía ser, por el contrario, transmitido y derramado desde la clase dominante al resto de la sociedad y debía ser reconocido como literatura nacional por todas las capas sociales aquello que ha sido socialmente legitimado por la autoridad natural de esta primera clase. Quesada pretende, entonces, contribuir a la construcción de esa hegemonía. Si eso no se hace concientemente, si no es parte de un programa de gobierno (recordemos que Quesada tuvo un importante papel durante el gobierno de Roca), ocurre que se pierde el consenso en torno a lo que se entiende como nacional, se dejan espacios libres para que las diferentes clases sociales construyan sus propias culturas cual si adoraran a sus propios dioses, lo que vuelve a esa sociedad ingobernable y a sus dirigentes ilegítimos: “nuestras capas sociales intermedias, dependientes de negocios al menudeo en gran parte, (...) ceden al singular influjo de adorar lo criollo y lo gauchesco, como si eso tan solo constituyera el sello nacional”.

Los inmigrantes, que muestran su deseo de integración adoptando la forma de hablar y de vestir (en los carnavales) y las expresiones artísticas gauchescas, bien podrían hacer el mismo esfuerzo para asimilar las expresiones “nobles” del arte.

Pero si aun la clase dirigente acepta las expresiones vulgares, y el criollismo sigue siendo alabado y expandido, esos inmigrantes terminarán por cumplir la profecía de Abeille y la cultura subalterna será legitimada en lugar de la “verdadera” cultura nacional.

Nos permitimos aquí hacer una extensa pero ilustrativa cita: “No puede negarse que ese *criollismo* es peculiarísimo de nuestro país... Pero, de fomentarlo, llegará un momento en que los argentinos de abolengo, los que son criollos por los cuatro costados –pero que no son orilleros, compadritos, o de otras layas análogas– ¡necesitarán bonitamente un diccionario de tal ‘idioma nacional’ para entender esa *literatura criolla*! (...) Confieso que, con toda la mejor buena voluntad, sin un vocabulario *ad-hoc* no se puede comprender esas ‘literatura’, llamada *criolla*, y que se me antoja sencillamente lacayuna” (Quesada, 1983: 163).

Podríamos preguntarnos qué pasaría si invirtiéramos esta idea y dijéramos: “No puede negarse que esa literatura escrita *únicamente* en lengua castellana es

peculiarísima de nuestro país... Pero, de fomentarla, llegará un momento en que los orilleros y compadritos, los que son criollos por los cuatro costados – pero que no son argentinos de abolengo o de otras layas análogas– ¡necesitarán bonitamente un diccionario de tal ‘idioma nacional’ para entender esa literatura!”, y ver si no fue justamente lo que terminó ocurriendo.

No fue ésta en un principio una intencionalidad clara del criollismo, pero sí era, justamente, lo que según Quesada había que evitar imprimirle: el criollismo no se propuso nunca ser la literatura nacional, entonces por qué los que deberían imponen una lengua nacional comprensible y uniforme entronizan aquellas jeringozas, habilitando incluso discursos como el que acabamos de formular.

En *La evolución del idioma nacional*, escrito 20 años después, Quesada mostrará que su iniciativa no era en vano, y que gracias al esfuerzo homogeneizador de los aparatos estatales, la instauración de la educación pública y el trabajo de la prensa, pudo ser llevada a cabo la unidad lingüística y literaria que tanto lo obsesionaba.

Bibliografía

Canetti, Elías, *Masa y poder*, Alianza/Muchnik, Madrid, 1995.

Clastres, Pierre, *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*, FCE, Buenos Aires, 2004.

Di Tullio, Ángela Lucía, *Políticas lingüísticas e inmigración: el caso argentino*, EUDEBA, Buenos Aires, 2003.

Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la argentina moderna*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1988.

Quesada, Ernesto, “El criollismo en la literatura argentina”, en Rubione, Alfredo (comp.), *En torno al criollismo. Textos y polémicas*, CEAL, Buenos Aires, 1983.

Quesada, Ernesto, *El problema del idioma nacional*, Revista Nacional-Casa Editora, Buenos Aires, 1900.

Quesada, Ernesto. *La evolución del idioma nacional*, Mercatali, Buenos Aires, 1922.

Terán, Oscar, “Ernesto Quesada o cómo mezclar sin mezclarse” en *Prismas, Revista de historia intelectual*, nº3, 1999.

Terán, Oscar, *Positivismo y Nación en la Argentina*, Puntosur, Buenos Aires, 1987.